

Recuerdo de lo que no fue

Héctor Schmucler

Extraño destino el del Informe MacBride: en el momento mismo de ver la luz, al aprobarlo la Asamblea General de la Unesco en 1980, comenzó a pertenecer al pasado; estrictamente el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación que el Informe venía a sustentar, no existió jamás. El amplio escrito de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación, *Un solo mundo, voces múltiples*, podía hacer pensar en un canto a la armonía planetaria y apenas fue un documento bienintencionado de los tantos que producen los organismos supranacionales. No deberíamos disimular que hemos sido incapaces de hacer otra cosa: la multiplicación de documentos y declaraciones no lograron reorientar el camino que nos ha llevado a un mundo cada vez más injusto y cada vez más violento. Los 25 años de la aprobación del Informe MacBride pueden ser una buena oportunidad para reflexionar con rigor sobre nuestro presente y sobre la compleja historia que lo hizo posible. Como cualquier paradoja, la propuesta puede resultar inquietante: recordar lo que no fue.

Tal vez haya que aceptar que el llamado NOMIC fue una necesaria construcción mítica; la manera posible de establecer, en ese momento, un relato ilusorio que daba cuenta de hechos claramente verificables aunque no fueran tan explícitas las razones últimas que empujaban a mostrarlos. El NOMIC agitó a algunos sectores académicos, pequeños grupos políticos, recortados organismos estatales, paraestatales y no estatales; justificó innumerables reuniones internacionales y autorizó estructuras burocráticas de diversa índole; fue bandera desplegada en batallas aparentes: la guerra (es un decir) se decidía en otros escenarios. Es posible que el NOMIC haya existido siempre como pasado

porque su retórica se agotó en buenos propósitos para el futuro; el espejo en el que se miraba sólo reflejaba lo que debería ser. Se conformó con generalidades que nunca lograron definirlo con rasgos precisos. Bajo su nombre se ampararon las más diversas sugerencias y casi nada lo representaba cabalmente. Innumerables escritos de estudiosos de la comunicación hablan de lo que el NOMIC podría haber sido mientras los desacuerdos entre ellos son insuperables. Para la inmensa mayoría de los investigadores el tema resulta irrelevante. Los actos conmemorativos, como el presente, corresponden más bien a una inquietud de coleccionistas o de arqueólogos y menos a las exigencias de la época. Quienes nos sumamos voluntarios al recuerdo, seguramente estamos persuadidos de que en la nostalgia, en ese dolor por lo perdido, hay una nobleza que reivindica la memoria. Lo opuesto es la irreverencia claudicante del olvido.

Durante más de una década, entre los años 1970 y 1980, los papeles con que concluían los debates internacionales sobre comunicación enumeraron y condenaron demostrables injusticias; en tiempos del NOMIC la palabra clave era *desequilibrio* y su contraparte, *libre flujo de la información*. Casi siempre las conclusiones de esos papeles proyectaban un horizonte promisorio que, con algún esfuerzo, sería alcanzable; la creencia de que la historia recorría una marcha constante hacia el bienestar de los seres humanos obligaba al optimismo. Algunos quisieron ver en el Informe MacBride la culminación de una pugna en el que, por fin, los sojuzgados lograban imponer su voz frente a los poderosos. “Con el establecimiento de un nuevo orden mundial de la comunicación —señalaba Amadou-Mahtar M’Bow, director general de la Unesco— cada pueblo debe poder aprender de los demás, informándose al mismo tiempo de cómo concibe su propia condición y de la visión que tiene de los asuntos mundiales. Cuando ello se logre, la humanidad habrá dado un paso decisivo hacia la libertad, la democracia y la solidari-

Héctor Schmucler

*Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Córdoba
(Argentina)*

dad.” Sean MacBride, el presidente de la Comisión, hombre de vasta experiencia en los asuntos del derecho cuya figura parecía resumir la voluntad de autonomía y convivencia –luchador por la independencia de Irlanda, iniciador de Amnesty International, premio Nobel y premio Lenin por la paz– era más cauto en el prólogo que encabeza el Informe: tras señalar el limitado optimismo con que había comenzado la tarea y la confianza que fue creciendo por la calidad de la obra realizada y los acuerdos obtenidos, condiciona su seguridad: “si los futuros diálogos se rigen por ese mismo espíritu de buena voluntad, será posible construir un nuevo orden en beneficio de la humanidad”. No hubo tales diálogos y más bien sobrevinieron tiempos de rupturas. Es historia conocida el hostigamiento incesante de algunos países, Estados Unidos sobre todo, contra las discusiones propiciadas por la Comisión. Las grandes agencias internacionales de noticias no cesaron de “descubrir” una confabulación tercermundista que con el beneplácito del campo socialista buscaba cercenar el libre flujo de la información. La aprobación del Informe tampoco trajo expresiones de algarabía en el desordenado Tercer Mundo donde, en nombre de los pueblos, algunas élites sostenían principios cuya compleja formulación resultaba ajena al conjunto. Predominó la visión de que los países postergados eran sólo productos de enemigos externos y una especie de reafirmada inocencia siguió encubriendo las duras contradicciones y las perversas condiciones vigentes en muchos de esos países unificados en su papel de víctimas. Por su parte, los países socialistas del bloque soviético, que avanzaban hacia su desaparición, nunca pudieron abandonar el anacrónico y suicida lenguaje de impostada tolerancia que repartía bendiciones y condenas de acuerdo a su estrategia de acción en la Guerra Fría.

En América Latina los ecos del debate sobre el NOMIC fueron más persistentes que en otras regiones. Teorías y prácticas de comunicación habían penetrado desde hacía tiempo la historia política y social del continente. No son frecuentes en otras partes del mundo experiencias de tan estrecha articulación entre comunicación y acción colectiva como las que fueron proclamadas y muchas veces ejercidas en numerosos países latinoamericanos. Estos antecedentes permiten rastrear algunas de las razones que hicieron posible en 1976 la Conferencia Regional sobre Políticas Nacionales de Comunicación convocada por la Unesco en San José de Costa Rica. El hecho es relevante porque nada

similar volvió a ocurrir en ninguna parte del mundo y porque provocó una agitada campaña difamatoria por parte de la Sociedad Interamericana de Prensa. Por otra parte, las consecuencias del encuentro fueron nulas y los argumentos conceptuales que le dieron sustento hoy pueden resultar insostenibles. De cualquier manera, y como en otras partes, en América Latina la discusión específica sobre el NOMIC no fue más allá de los límites de algunos institutos especializados y de sectores académicos o profesionales que coyunturalmente contaron con el auspicio de sectores estatales o de organismos internacionales. Se diluyeron sin huellas algunos intentos de construir formas autóctonas de intercambio de información entre naciones: la Agencia Latinoamericana de Servicios Especiales de Información (Alasei), la Unión Latinoamericana y Caribeña de Radiodifusión (Ulcra), la Acción de Sistemas Informativos Nacionales (Asin) apenas quedaron en el recuerdo de algunos y sólo por una generosa expansión semántica puede resonar el NOMIC en las diversas iniciativas de comunicación popular (a veces denominadas “alternativas”) que, aunque debilitadas, florecen aquí y allá en el espacio latinoamericano.

El balance, a 25 años del Informe MacBride, ofrece datos para la decepción y tal vez para la alarma ante ciertas ideas en las que creíamos –el plural inevitablemente me incluye– como instrumentos para la construcción de una humanidad menos desconsolada. El pasado donde creció el NOMIC fue un momento de ocasional fortaleza de los países del llamado Tercer Mundo, con el estímulo del reciente poder adquirido por los productores de petróleo agrupados en la OPEP y en el fragor de la Guerra Fría que unos años después concluiría con la hegemonía del capitalismo triunfante. Si por algo se justifica volver a ese pasado es porque su genealogía nos habla de nuestros problemas más inmediatos, aquellos que aún se abren como preguntas inquietantes: ¿cómo pensar en valores que permitan trascender el ciego pragmatismo mercantil dominante y, a la vez, la escandalosa miseria de un número aterrador de seres humanos? ¿cómo atrevernos a evitar atajos tranquilizantes que, entre otras cosas, ubican el mal exclusivamente en los otros y eluden reconocerlo en nosotros mismos? ¿cómo arriesgarnos en el irremplazable esfuerzo de indagación que no deberíamos descartar a los momentáneos vacíos de seguridades que antes nos ofrecían viejas creencias y viejas instituciones?